

para representar la cayda del sol hácia Occidente, dexauan caer el cuerpo muerto por las gradas abaxo.

Acauado el sacrificio, todos aquellos caualleros hacian aquel dia gran areyto y bayle, con tantas riqueças y plumería, que era cosa de ver. Llamauan á la casa donde estos caualleros se juntauan, *Cuauhcalli*, que quiere decir la casa de las águilas, y era como un recogimiento donde auia exercicio de armas. No podia entrar en aquella casa ni cauallería, nenguno que no fuese hijo de señor conocido: comian en aquella fiesta mucha carne humana<sup>1</sup> y hacian grandes ayunos y cerimonias, como las podrá ver, el que fuere curioso, en el libro sobre dicho de las cerimonias y ritos.

Acauada esta fiesta los señores de las ciudades se fueron a sus prouincias y reynos y dieron en querer imitar á los mexicanos y así empezaron á hacer y edificar templos y á sacrificar con aquel modo y aparato hombres, y á tener y elexir sacerdotes y hacer aquellas cerimonias y ritos, á ordenar órdenes de cauallería y á tener exercicios de armas, colegios y escuelas de cantar y dançar y de todos los exercicios que en la ciudad de México auia y á diferenciar los grandes de los caualleros y á los caualleros de los escuderos y á los escuderos de los que eran oficiales y gente plebeya, y á los unos hacian particulares mercedes y á los otros de otra manera, conforme á su estado, y así se conocian quién eran los unos y quién los otros, y para esto auia tanto orden y buen concierto, que en las casas reales auia salas para cada género de personas; y así, quando iban á palacio, ya cada uno sabia su lugar y allí se iba derecho. La gente comun no tenia para que entrar en las casas reales ni jamas entrauan sino era quando le cauia su tanda del seruicio personal de fregar, barrer y hacer lo que le mandasen. Solo los señores y personas de suerte y principales caualleros se ponian çapatos en los piés; los demas, ni por imaginacion, so graves penas, y si no miente la ystoria, pone que tenian pena de muerte, lo mesmo el que de baxa suerte osase traspasar ni poner el pié en el umbral de las casas reales, porque para sus pleytos tenian sus particulares lugares y audiencias donde pedian su justicia, de donde venia de mano en mano al supremo consejo para quellos lo sentenciasen.

<sup>1</sup> Entiéndese que era la de las víctimas que ellos ofrendaban para el sacrificio.

Estos caualleros del sol tenian sus insinias y sus señales en que se conocian y diferenciaban de los otros, y solo ellos celebrauan la fiesta del sol y de comer carne humana y deter<sup>1</sup> muchas mugeres todas las que pudiese sustentar. Muchas cosas y priminencias pudiera contar en esta historia de las grandeças de estos y de otros caualleros, pero auiéndolo escrito en otra parte, allí se podrá ver que viene mas á propósito, si el señor lo sacase á luz.

Acauado el sacrificio y despedidos los güéspedes, *Tlacaelel*, con consejo del rey, envió un virey á Coaixtlauc para que tuviese cargo de aquella prouincia y de los tributos reales, el qual se llamaua *Cuauzochitl*, el qual agradeciendo la merced que se le hacia, se fué á aquella prouincia, y cada ochenta dias venia él en persona con el tributo por delante á ver á su rey, el qual le hacia grandes mercedes.

#### CAPÍTULO XXIV.

De cómo se tornó á reuelar la prouincia de Cuertlaxtla por consejo de los tlaxcaltecas y cómo fueron segunda vez destruydos.

Andauan los de Tlaxcallan tan deseosos de competir y quebrar con los mexicanos y era tanto el odio que les tenian, que andauan procurándoles su inquietud y desasosiego para tener ocasion de manifestarse ser su enemigo y que no gustauan de su conuersacion ni amistad. Para esto, como Cuertlaxtla y su prouincia es cercana de Tlaxcalla, fuéronse los quatro señores de Tlaxcalla allá á ver los señores de Cuertlaxtla y á olgarse con ellos, tomando esto por achaque para derramar despues su ponçoña; y así fué que estando en visita en regocijo y contento, como compadeciéndose de ellos, les dixeron qué cosa es ni dónde se sufre que los mexicanos desentrañen y roben esta prouincia y saquen della el oro, el cacao, la ropa, las plumas de todo género y el pescado y los caracoles y beneras y las tortugas; ¡por qué se ha de consentir tal cosa! Los señores empezaron á llorar y á hacer gran sentimiento y á decir que

<sup>1</sup> Así en la copia; mas parece un descuido de pluma y que debe decir: "detener."

tenian razón, pero que ya vian que los auian vencido, y que, pues eran sus vasallos, que no podian hacer otra cosa. Los tlaxcaltecas, conviene á saber, un señor dellos que se llamaua *Xicotencatl*, les dixo: mirá, no temais: haced lo que os diré, que nosotros os favoreceremos y os guardaremos las espaldas: no les inuieis mas el tributo: mataldes á este gouernador que aquí os tienen puesto, y si vieren otros á pedir el tributo, mataldos á todos, y en sabiendo que vienen, dadnos auiso, que yo moueré todas mis gentes y tomallos emos en medio y no voluerá nenguno vivo á México.

Los desventurados, no acordándose de la falta que les auian hecho la guerra pasada, creyéronlos y luego mataron al gouernador y dieron á los señores de Tlaxcallan grandes presentes de todo lo que pudieron, los cuales se voluieron á su ciudad muy contentos del daño que auian hecho.

Los mexicanos, viendo que se tardaba el tributo real y que no venian los tesoreros, dieron auiso á *Tlacaelel*, el qual dixo al rey: señor: los de Cuetlaxtla no an acudido con su tributo, ni el gouernador que allá está auisa: enviemos á sauer lo que sea este descuido. El rey mandó fuesen sus mensajeros y correos luego, y fueron despachados en un momento, los cuales llegados á Cuetlaxtla fueron llegados á las casas de los señores á sauer del gouernador, y ellos los reciieron muy bien y les dixeron que descansasen y fuesen bien venidos, que querian dar auiso al gouernador de su venida: los señores de Cuetlaxtla mandaron cerrar la puerta del aposento donde estauan y luego traer un gran fardo de chile y ponerlo junto al aposento, DE MANERA que entrase todo el humo dentro, y pegalle fuego. Pegado fuego al fardo de chile, fué tanto el humo que entró que los aogó sin poderse valer ni salir de allí. Muertos los mexicanos, entraron los señores con sus vasallos y alláronlos muertos: luego mandaron que los abriesen por las partes traseras y que les sacasen por allí las tripas, y así se las sacaron y se las revolieron por la garganta; y luego los mandaron henchar de paja y sentar en unos asentaderos, y por hacer escarnio dellos vistiéronlos de mantas muy galanas y pusiéronles delante mucha comida y rosas y humaços,<sup>1</sup> y haciéndoles grandes reuerencias les decian: comé,

<sup>1</sup> Sahumerios.

señores muertos y holgaos: cata aquí comida y bebida y fruta y suchiles;<sup>1</sup> ¿qué mas quereis? Comé, ¿cómo<sup>2</sup> no comeis? Entonces, *Tepetecutli*, viendo que no comian, dixo: ¿cómo no comeis? deueis de estar enojados: echaldos por ay; y así los tomaron y los echaron á las aues y bestias y luego despacharon sus mensajeros á Tlaxcalla á dalles auiso de lo que auian hecho. Los tlaxcaltecas dixeron que auian hecho muy bien, dándoles las gracias del auiso que les auian dado, diciéndoles que no tuviesen pena; que ellos lo sabrian, que á su tiempo lo verian.

Un pasajero, natural de Tepeaca, vido á los correos reales muertos, las tripas al pescueço y las entrañas por aquel suelo. Sin mas detenerse, á todo andar, vino á México á dar auiso y puesto ante el rey, le dixo: gran señor: una cosa a acontecido muy espantosa, y es que tus mensajeros reales que enviastes á Cuetlaxtla, los aogaron con chile y les sacaron las tripas y los bofes por detras y están comidos de las bestias en esos campos echados. El rey, espantado de tal hecho, le preguntó de dónde era: el le dixo que de la ciudad de Tepeaca, y mandándole descansar y dar lo necesario, llamó á *Tlacaelel* y contándole el caso mandó que luego llamasen á los del consejo, y venidos ante él les dixo: mi voluntad es que un hecho tan atroz sea rigurosamente castigado, y quiero que aperciabais las gentes de mis exércitos y que Cuetlaxtla sea destruyda; que no quede piedra sobre piedra, ni hombre á vida y que no aya Cuetlaxtla en el mundo, para escarmiento de esos traydores y de los demas; y para esto, dése auiso al rey de Tezcucó y al rey de Tacuba y á los señores de Chalco y de Xuchimilco y de todas sus prouincias, y aperciuan sus gentes luego con todo lo necesario.

Luego partieron todos los mensajeros á todas partes á dar auiso, y en dando el auiso luego fueron apercebidos los que tenían cargo de aquello y mandaron que con toda la priesa y dilixencia posible se apercibiesen los exércitos, y así fué puesto luego por obra; y era tan fácil, que en echando el bando, luego salian veinte mil combatientes con sus armas, espadas y rodela, que era cosa de ver el

<sup>1</sup> Ramilletes. El ceremonial mexicano exigia se presentaran á los superiores en señal de sumision.

<sup>2</sup> ¿Por qué, etc.

deseo y la voluntad que en aquello mostrauan, porque auia gente que no comia sino quando auia entradas y estáualas esperando como agua de Mayo, como dicen. Los señores, con los dos reyes de Tezcuco y Tacuba, vinieron á México á dar al rey *Monteçuma* el pésame de la rebelion, á los quales dixo: ¡que os parece, señores, de los cuetlaxtecas, con qué escarnio y oprobio an escarnecido de nosotros, que no se contentaron con matar á nuestros mensajeros, sino que para mayor escarnio y burla les sacaron las tripas por las partes traseras y los hígados y los echaron á las bestias! contándoles por entero la burla que de ponelles comidas y bebidas delante dellos auian hecho. Los señores muy pesantes <sup>1</sup> deste negocio, tan mal hecho, dixerón que ya las gentes estauan á punto y aparejadas; que quando los mandasen partir, partirian, y con esto se voluieron á sus ciudades.

*Monteçuma* dixo á *Tlacaelel*: Señor *Tlacaelel*: mi determinacion es que los cuetlaxtecas sean del todo desolados y que no quede mas memoria dellos. *Tlacaelel* le respondió que no mandase tal, sino que si los venciesen y desvaratasen, que les doblasen el tributo y que con esto quedarian castigados, porque el destruylos á todos era imposible y gran inconveniente destruir pueblos de tanta riqueza y que para poblarlos no auia gente, ya que los quixeren tornar á poblar. A *Monteçuma* le pareció bien el consejo y dixo, ¡qué tributo le parecia que se les pusiese? *Tlacaelel* dixo que hasta agora dauan las mantas de á diez braças, que desde en adelante las diesen de veinte braças; y que si hasta agora dauan piedras de yjada verdes, que de oy mas las diesen blancas y coloradas; y que si hasta agora dauan cueros de tigres y leones manchados, que desde en adelante los diesen blancos, y que tributasen culebras vivas y otras mill sauandijas, que solo por dalles molestia y pesadumbre y onerallos <sup>2</sup> mas se las impusieron y inventaron; y así *Monteçuma* mandó llamar á los capitanes y al general de toda la gente, y les mandó que no los acauasen de destruir ni asolar, sino que si vencidos pidiesen misericordia, que se la concediesen y otorgasen.

Llegados á Cuetlaxtla los capitanes, ordenaron sus gentes y ar-

<sup>1</sup> Apesadumbrados.

<sup>2</sup> Es decir, hacerles mas oneroso el tributo.

[maron su real. Los cuetlaxtlas, viendo quán presto y con quánta solicitud los mexicanos eran ya sobre ellos, dieron aviso á Tlaxcalla pidiéndoles el favor prometido. Los tlaxcaltecas les dixerón que luego mandarian aparejar sus gentes y que les tomarian las espaldas y los destruirian; que los entretuviesen y no les diesen tan presto batalla: pero los mexicanos, luego otro dia que llegaron, mandaron que todos se aperciuesen y diesen luego en la ciudad, temiendo lo que podia suceder, y así aperciuidos y puestos en órden les hicieron una plática, poniéndoles por delante que la guerra era como quien enciende un campo de yerba seca, que con el aire arrebatadamente se quema y queda todo abraçado, ó como un torbellino que arrebatá las ojarascas y las lleva con aquella fuerza y furia á lo alto, que así auian de entender que era aquel lugar á donde eran venidos, á donde encendidos sus coraçones como fuego, auian de abrasar y llevar por delante aquellas bárbaras naciones que presentes tenian, que eran los de Auilçapan y los de Quimichitla y Teoixuacan, Chichiquilan, Macuilxutlila, Tlatectla, Oceloapan y á Cuetlaxtla, los quales todos puestos en órden, salieron al encuentro á los mexicanos, y no BIEN los uvieron visto, quando los mexicanos salieron á ellos con tanta furia, que leones muy encarnizados no salieron con tanto furor á la mansa ovejas, y lançándose entre ellos, empezaron á herillos con tanta priesa y ánimo, que luego los cuetlaxtecas mostraron su poco valor y ánimo, y puestos en huida mataron tantos dellos y prendieron, que no auia número.

Visto por los maceguals, que la gente comun, el daño que recibian, sin señor ni principal ninguno, <sup>1</sup> empezaron á decir: señores mexicanos, ¡por qué nos matais? ¡qué culpa tienen estos pobres inorantes y simples, sin malicia ni interes? ¡por qué os vengais en nosotros que no os emos enojado, ni injuriado, ni inquietado, y dexais vivos á estos malditos ladrones de nuestros principales y señores, que ellos son los que nos traen y acarrear la muerte? Nosotros ¡no os damos vuestros tributos? ¡dánlos por ventura ellos? ¡todo no sale de nuestro sudor y trauajo? ¡si damos mantas, ¡dánlas ellos ó fbanlas ellos á texerlas? Nosotros y nuestras mugeres ¡no las hacemos? Si dan cacao, oro ó piedras, plumas y pescado,

<sup>1</sup> Parece faltan las palabras —“que les dirigiera ó mandara, etc.”